



Análisis. Revista Colombiana de
Humanidades

ISSN: 0120-8454

revistaanalisis@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás
Colombia

Sánchez Ávila, Nini Johanna

Visión de la utopía desde la imaginación histórica. Una mirada a Donde ladrón no llega de
Luis Hernáez

Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, núm. 70, junio, 2006, pp. 189-202

Universidad Santo Tomás
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551478010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Visión de la utopía desde la imaginación histórica.

Una mirada a *Donde ladrón no llega* de Luis Hernáez*

Nini Johanna Sánchez Ávila**

Resumen

En 1996 aparece publicada la obra Donde ladrón no llega, del escritor paraguayo Luis Hernáez; este trabajo plantea una nueva lectura de la experiencia de las Reducciones Jesuitas en el Paraguay. Es, precisamente, esa forma de valoración en la recreación de la historia la que motiva este texto, ya que presenta una reconstrucción y una mirada crítica sobre un proyecto utópico adelantado en América. Tal propuesta es evaluada desde las voces de aquellos que –aún siendo protagonistas directos del evento social- no tuvieron una voz que se destacara en la delimitación de esta experiencia. Así, se abordará qué tipo de visión de la historia plantea el autor y cómo esta perspectiva se desarrolla en torno a una concepción específica de la propuesta de la utopía para América Latina.

Palabras clave

Reducciones Jesuitas, Utopía, historia de las mentalidades.

* Resultado de investigación realizada en el Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo.

* Licenciada en Idiomas de la Universidad Industrial de Santander. Estudios terminados de la Maestría en Literatura Hispanoamericana. Instituto Caro y Cuervo. Docente Universidad Incca de Colombia. Contacto: ninijosan@gmail.com.

Abstract

*In 1996 it appears the novel *Donde ladrón no llega*, written by the Paraguayan novelist Luis Hernández; this work proposes a new reading of the experience built in the Jesuit Reductions of Paraguay. It is precisely this assessment -through a recreation of history- which motivates the literary structure, due to the fact that it represents a reconstruction process, a critical view over an utopian project carried out in America. Such a proposal is evaluated from the voices of those who – even being direct protagonists of the social event- didn't have an outstanding voice in the delimitation of this experience. Thus, it must be tackled the kind of vision of the history given by the author and how this one is being developed around a specific conception of the proposal of Utopia for Latin America.*

Key Words

Reductions Jesuits, Utopia, History of mentalities.

*Vendan lo que tienen, y den a los necesitados;
procúrense bolsas que no se hagan viejas,
riqueza sin fin en el cielo, donde el ladrón
no puede entrar ni la polilla destruir.*

Lucas 12, 33

1. Una manera de acercarse al pasado

Para introducir la problemática sobre la novela histórica que se elabora en *Donde ladrón no llega*, se realizará inicialmente un breve recuento de los hechos importantes que constituyen la historia relatada en la obra. Va a encontrarse que los hechos giran en torno a dos órdenes sociales distintos:

aquel de las Reducciones que se mantiene bajo la tutela de los padres jesuitas, y el que muestra el sistema de la encomienda como forma de comercio inminentemente esclavista (Armani, 1982). Allí, se encuentra a Bernardino, indígena prófugo de la Reducción de Jesús, quien relata su historia presente tanto como su pasado con su madre Rosa. Este relato se va entrelazando con otras voces que se articulan alrededor de los Padres (como se da en el caso del Padre Damián, Roque y José), o en la mirada de los indígenas fieles al orden de la Reducción; igualmente, se presenta la visión –aunque parcial– de la clase blanca española residente en Asunción y disidente de la organización de las Misiones. De esta manera, se puede reconocer que la focalización va del lado de los aborígenes y, a través de ellos, se plantea una versión reevaluada de la experiencia de las *Ciudades de Dios*.

Partiendo de esta ubicación, se comenzará abordando la perspectiva desde la cual se elabora la novela y para ello, nos centraremos en dos planteamientos centrales: el presentado por María Cristina Pons en *Memorias del olvido: Del paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX* (1996) y Michel Vovelle en su texto *Aproximación a la historia de las mentalidades* (1991). Desde el análisis elaborado por María Cristina Pons, en el marco de la novela histórica de finales del siglo XX, se muestra el lado antiheroico o antiépico de la historia. Puede verse que esta creación novelística habla de un pasado de derrotas y fracasos y no de los tiempos gloriosos, constituyéndose a finales de siglo como una relectura crítica y desmitificadora a través de la reescritura de la historia.

Según Pons (1996, 17), “la novela histórica contemporánea cuestiona la verdad, los héroes y los valores abanderados por la Historia oficial al mismo tiempo que presenta una visión degradada e irreverente de la Historia”. Esta postura crítica incorpora como estrategia narrativa la ausencia de narrador omnisciente y totalizador, insertando la presencia de diferentes tipos de discurso y sujetos de dichos discursos. Como un primer ejemplo puede retomarse la organización del texto: se encuentra en Bernardino a un primer narrador que focaliza y articula los relatos de otros personajes. Se da la intervención de su padre, el tallador Jacinto; al tiempo que se intercalan las

visiones de tres Padres (Roque, Damián y José) quienes encarnan distintas caras de la orden jesuita. Y, finalmente, se presenta de manera muy breve la inserción del discurso de la élite blanca dominante en las figuras de Julio Castillo y Pedroza y el Capitán Gracián Villate – quienes comandan el destacamento que va a ejecutar la expulsión de los jesuitas de las Reducciones y, posteriormente, del país.

Las voces que privilegia el relato están del lado de los marginales; tal es el caso de los indígenas Bernardino y Jacinto, quienes logran brindar una evaluación no convencional del orden impuesto por los jesuitas: se trata de ver en ellos los excesos del control y el marginamiento a que fueron sometidas las costumbres tradicionales de los pueblos aborígenes. Así, el comienzo y el desenlace de la novela se van a relacionar con la suerte de estos personajes. Puede decirse que el carácter del pasado que se ficcionaliza no se centra tanto en los grandes acontecimientos de toda la colectividad, sino que va a enfocarse en torno a una narración “desde abajo”, primando como portavoces de este grupo cultural específico a individuos que no tienen un papel protagónico en la historia oficial. No quiere decir esto que los eventos de gran trascendencia social hayan sido dejados de lado, sino que estos se van a poner en la perspectiva de los actos particulares que surgieron a partir de ellos. De esta manera, la historia de Rosa y Jacinto, la desertión de su hijo Bernardino, y la profanación del tallado del Purgatorio, van a resemantizar los eventos de construcción de la Reducción de Trinidad y la posterior expulsión de la comunidad monástica.

Además, se presenta una relación muy cercana entre esta perspectiva teórica desde la literatura y aquella planteada por el discurso de la Historia de las mentalidades. Michel Vovelle en su texto de 1991 (2) afirma que “Ulteriormente, la historia de las mentalidades se desarrolla como aquella de las actitudes, de las representaciones, y de lo que llamamos el ‘imaginario colectivo’”. Esta mirada es valiosa en la medida en que la novela se plantearía no solamente como un producto estético restringido a la creación con el lenguaje, sino como una posibilidad de ubicar una construcción mental colectiva alrededor de la utopía. No se trata únicamente de un hecho escogido al azar que le

sirve de excusa al escritor, más bien en esa selección del referente histórico real se vislumbra una preocupación por la consideración de América como una tierra abierta a la construcción de proyectos utopistas.

Visto de esa manera, puede reconocerse en la novela un planteamiento que compagina con esta perspectiva teórica: Vovelle (1991, 18) lo define como la remisión a “modos, procedimientos y métodos que se alejan de la ortodoxia y el modo histórico tradicional”. Se rompe con las fuentes escritas y se recurre a otras múltiples y diversas posibilidades, como la que brinda la iconografía (que adopta la forma de la imagen popular o el objeto) permitiendo tener una idea de las leyes que no siendo explícitas se sobreentienden en la praxis social. Al respecto se observa en la novela que se construye una fuerte relación con la labor impuesta por el Padre Roque al tallador que sostiene relaciones extramatrimoniales con Rosa: “Jacinto no solamente debía tallar el Purgatorio sino que en él, en medio de las llamas, sufriendo, debía colocar a Rosa, mi Dios, mi Dios, eso ya es demasiado...” (Pons, 1996, 25). A lo largo del relato se reconoce que la iconografía impuesta por el Padre superior es trasgredida por el indígena, volcando así los designios inquisitoriales y escapando al castigo con una elaboración sincrética. La imagen de Rosa cobra visos de santidad y tranquilidad en medio de las llamas, siendo reconocida como una figura que emula a la Virgen. En este elemento se va a incluir una lucha esencial que se presenta entre la necesidad de un control totalizador –desde la utopía cristiana propedéutica– y la naturaleza impoluta y libre de la población indígena.

De otra parte, se insiste –desde esta perspectiva de la historia– en un análisis del mundo de la marginalidad que “permite comprender cómo una sociedad, define su propia normalidad a través de aquellos que excluye y de aquellos que rechaza” (Pons, 1996, 31). Con ello se reconstruye una mirada del proyecto utópico en la cual se presenta una intención represiva. En la medida en que se impone un orden definitivo e inquebrantable que debe ser llevado a cabo para mantener las *Ciudades de Dios*, se restringe la libertad que se busca alcanzar al contexto de un orden único e indiscutible.

Para cerrar esta aproximación sobre la presentación de la historia desde la novela debe retomarse de manera central el papel que cumplen los “intermediarios culturales” quienes adoptan, a partir de su privilegiada interacción con el mundo de los dominados y el de los dominantes, una postura ambigua que los encamina en dos sentidos: la configuración como agentes del orden y su reconocimiento como elementos de subversión de la oficialidad. El Padre Damián se reconoce aquí como la figura que asume este papel social ambiguo. De un lado, se le presenta como un clérigo perteneciente a la orden y por lo tanto, un miembro de una institución que a través de la obediencia legitima su posición de control; mientras que, por otra parte, se constituye en un individuo que alcanza a reconocer – gracias a su contacto y percepción de los indígenas- la verdadera naturaleza limitada y restrictiva de la empresa que la orden ha emprendido con las reducciones²¹.

2. La visión utópica en el marco de la historia novelada

Como se ha venido señalando la particular reconstrucción del evento histórico se centra esencialmente en la reelaboración de una evaluación particular sobre el fenómeno de la utopía y con ella, la consideración de este fenómeno como parte indispensable del cambio social en los países de América Latina. Se trata de abordar cómo el espíritu de la empresa utopista se empalma con una mirada de la historia de las naciones americanas: el continente ha sido visto desde un comienzo como un lugar de lo posible, una posibilidad fuera de las limitaciones del devenir histórico del resto del mundo. Así, *Donde ladrón no llega* plantea que hay un esquema de pensamiento colectivo en torno a la puesta en marcha de las empresas utópicas, esquema que se organiza al rededor de una serie de categorías que hacen de las Reducciones jesuitas una experiencia de búsqueda de libertades en una sociedad que tiende a

²¹ “la compañía luchaba por la reivindicación de los indios, seres humanos no inferiores ni diferentes...Su frente se inundó de sudor y el aire se le hizo irrespirable, ¡que fácil es enviar...!, el sollozo fue casi un bramido en su pecho, ¡id y enseñad, destruid lo que encontréis y diluid los pedazos aventándolos a los cuatro vientos...” (Hernández, 1996, 20) Hernández, L. (1996).

los intereses de una élite muy reducida. Lo que se plantea a continuación es que el camino que asumen las Misiones es el de una vía que se agota en su afán de totalización, pero al tiempo, mantiene el germen de la realización de un modelo de sociedad más igualitario y cooperativo. A continuación se abordarán las características esenciales de la propuesta de la utopía.

Para retomar este planteamiento se recurre al trabajo del escritor y ensayista uruguayo Fernando Ainsa en su texto *Necesidad de la utopía* (1990). Allí, se aduce que el continente americano ha estado marcado, a lo largo de su historia, por una esperanza que supera los temores de la represión. La función utópica, en ese sentido, se ha ido revalidando como una manera de ejercer una acción subversiva. Mostrando que las imposiciones externas originan nuevas maneras de desear el orden social, con lo cual, se han creado modelos ideales para una sociedad que aún no existe.

Dentro de este planteamiento puede verse que “la utopía supone una crítica al orden existente, siendo su finalidad cuestionarlo a través del proyecto alternativo que propone...constituye un sistema cerrado, visualización de imágenes subversivas generalmente establecidas en función de un plan totalizante e integral de modificación de la sociedad” (Ainsa, 1990, 27). La novela introduce, desde esta perspectiva, la inadecuación de un grupo restringido e incluso marginal hacia un orden colonial tendiente al esclavismo y represor de la diferencia con el rebajamiento de la calidad de ciudadanos. Los indígenas son concebidos como mano de obra barata que debe ser aprovechada y explotada, pero sin tener derecho a una ubicación social que les garantice una calidad mínima de vida. Además, el sistema de explotación referido en el régimen de la encomienda plantea igualmente desventajas que se incrementan para los grupos elitistas. Finalmente, el deterioro social no es territorio exclusivo de un grupo de marginales, es una situación que generaliza la descomposición de la comunidad²².

²² “El no aceptar encomendados más que privarnos de comodidades de este régimen de casi esclavitud, como tu dices...Es al mismo tiempo mostrar a los demás una postura crítica que casi siempre les resulta urticante y molesta”. (Hernández, 1996, 119)

De otra parte, otro elemento que puede observarse en la constitución de la propuesta de la novela se da en el carácter nostálgico de la utopía. Por más proyectada que esta pueda estar, hacia un orden futuro, se nutre de raíces profundamente míticas o legendarias. Tal es el caso de la reminiscencia al paraíso perdido, o el ‘retorno a los orígenes’ que se entrelaza con el mito de la Tierra prometida y el ‘buen salvaje’ que encarna al cristiano primitivo²³. La novela dirige la mirada del lector en esta dirección a través de la figura de Damián quien se cuestiona al pensar en los indios de las Reducciones, sobre “...la confianza ciega que tienen puesta en nosotros... Los mantenemos... ¿cómo decirlo?, en una niñez perpetua” (Hernández, 1996, 61). La imagen del ‘Buen salvaje’ como ese ser impoluto, edénico, que aún no tiene mancha pues no malicia ni ambiciona lo prohibido, es recalcada en el texto desde la mirada de los jesuitas. Sin embargo, es de notar que esta suposición es puesta en entredicho –en más de una ocasión– por los mismos Padres, quienes recelan de las intenciones de sus ‘hijos’. Damián y Roque piensan en ocasiones que ellos solamente pretenden amar a las Reducciones y respetar a los Padres, pero realmente no albergan una profunda interiorización de las estrictas normas de vida predicadas por los religiosos.

Además de estas remisiones a un orden primigenio esencial que es recuperado en el espíritu del proyecto utopista, se observa que hay una tendencia a idealizar tanto el espacio y como los individuos, y la historia que estos van construyendo. Es el caso de la labor de conversión y propagación de los ideales de las Reducciones llevada a cabo por el Padre Jaime: éste propone la presentación de una obra teatral de su autoría para la celebración de las fiestas patronales de Santiago, en la cual se enfatiza en la celebración e interiorización de la ‘gesta’ misionera del primer jesuita en emprender el ministerio:

²³ El Padre José concuerda con esta perspectiva al afirmar en su conversación con el P. Damián: “Esto es la Arcadia, hijo” (Hernández, 1996, 61).

“REPRESENTACIÓN MUY VERAZ

DE LA

VIDA

Y

GLORIOSÍSIMA GESTA

de el PADRE PEREGRINO

FUNDADOR DE LOS PUEBLOS

PADRE ANTONIO RUIZ DE MONTOYA” (Hernández, 1996, 66)

No se trata de presentar al Padre Montoya como a un hombre que emprende sólo una tarea de motivación individualista, más bien, lo que se resalta es la figura heroica y épica del sacerdote que comienza a labrar el camino de un nuevo orden, cimentado en un retorno al cristianismo primero, de prácticas sencillas y valores elementales en las mentes de los cristianos recién ganados para la Iglesia.

En este sentido, se observa que la propuesta utópica enfrenta la tensión que subyace a la condición dual del continente: no hay correspondencia directa entre la dimensión teórica y la práctica, los resultados y los programas diseñados para guiar no se vinculan. Así, la utopía sería el resultado “de la apuesta ejercida sobre la base de los términos que ofrece la topía”, el diálogo resultante, hecho de *tensión y confrontación*, resulta fundamental para entender la relación del hombre americano con su historia” (Ainsa, 1990, 19). Si bien es cierto que existe una proyección de alcances y logros en la figura de la Reducción y el indio visto como un ciudadano que asume todo su papel en la sociedad, no puede dejarse de lado el hecho de la parcialización de esta realidad. Fuera de los límites de las Misiones los indígenas se adaptan al ambiente de servidumbre, rapiña y engaño que los puede ayudar a sobrevivir en una sociedad en que prima la clase blanca totalmente separada de la nativa. Tal es el caso de Bernardino al escapar de la Reducción y ser atrapado por los hombres de don Venancio quienes lo emplean como encomendero. Él

se aviene a las nuevas reglas ante la frustración de mantener las enseñanzas de los jesuitas en ese ambiente hostil y se da cuenta de que las reglas y los derechos que antes poseía carecen de soporte en 'la realidad' a la que llega y es sometido.

Ahora, se plantearán cuatro elementos desde la perspectiva de Ainsa que configuran la construcción de la utopía y a través de los cuales se generan los esquemas de pensamiento que la sustentan. En primer lugar, se encuentra *la insularidad* basada en el hecho de que "la representación geográfica de la utopía es un espacio aislado... esencial" (Ainsa, 1990, 41). El aislamiento del topo de la creación utópica garantiza con el distanciamiento la preservación de la comunidad ideal de la corrupción del mundo exterior, al tiempo que se presenta un microcosmos cerrado regido por leyes específicas que escapan a la atracción de lo real. En el caso de las Reducciones de Jesús, Trinidad e Itapúa, la llegada implica un desplazamiento considerable que no dista de acarrear peligros; se presenta la geografía como un obstáculo a los intrusos y un seguro para los habitantes de las Misiones, quienes se encuentran a salvo de las 'tentaciones' de un orden de acumulación y corrupción.

Una clara muestra de esta situación se aprecia en la obra cuando el Padre Froilán indica –hablando de las causas de su pronta expulsión– que "– Nunca nos quisieron... El hecho de que el Rey nos protegiera de ellos despertó un resentimiento que fue incrementándose al pasar de los años, aquello de que ningún español pisara nuestras tierras, digo" (Hernández, 1996, 139). En la novela se ve que el aislamiento está dado incluso en la prohibición de la llegada de los españoles –distintos de los sacerdotes– a las Reducciones. Situación que es apoyada por el gobierno, pero que va creando encono en las relaciones entre colonos, religiosos e indígenas. Con ello se llega a la radicalización de la incompatibilidad de la empresa utópica y la realidad externa que aquella crítica ya rebasa.

Después se encuentra *la autarquía* como segundo componente de la mirada de la utopía. Con este tipo de orden se pretende reducir al mínimo los intercambios de tipo económico y de interacción social entre los distintos

sistemas imperantes en la sociedad. Los proyectos emprendidos desde la empresa utópica tienden, en su mayoría, a la autosuficiencia siendo contrarios a un comercio o un tipo de intercambio interdependiente, ya que esto ocasionaría desigualdades provocadas por los intereses de unas minorías poderosas, sobre un gran colectivo que adolece de poder.

Luego, se presenta la medida de *la planificación urbanística* como uno de los pilares sobre los cuales se centra la actividad de organización. La ciudad ideal se presenta aquí como un lugar en el que se pueden remediar los males de las ciudades que crecen sin control y empiezan a dificultar la convivencia. Se observa en la novela que la división de la Reducción de Trinidad tiene el proyecto de su ciudadela en torno a la organización esquemática del espacio. Así, se da un espacio para los talleres de artes liberales (correspondientes a la fabricación de elementos artesanales como violines) tanto como para aquellos espacios destinados a la construcción del proyecto urbanístico de la Reducción. Se ve, por ejemplo, al Padre Federico con la elaboración de las tejas que rematarán la estructura de la catedral principal, y al Padre José con los trabajos de carpintería. A su vez, el Padre Juan Antonio –el arquitecto– se encarga de establecer que las medidas del hombre pueden servir de émulo a las de Dios porque así: “Cuando ordenamos los espacios sagrados hacemos la casa de Dios, hacemos... ¿cómo decirlo?, hacemos que el milagro sea factible” (Hernández, 1996, 90). La organización espacial redundante en la consolidación del espacio de una utopía posible, si bien, más adelante se hablará de los efectos que esto puede causar sobre el proyecto en su totalidad.

Como último aspecto a considerar se presenta *la reglamentación* que se establece en las comunidades de intención utópica. Este planteamiento puede considerarse como el centro del desarrollo de la historia. Va a verse en la obra que no hay relación alguna entre el orden antiguo de las culturas indígenas que se planteaba abierto en torno a las necesidades de cada individuo, y el

orden sacralizado por los sacerdotes que se revela en los términos de virtud y pecado. Los esquemas de estas dos estructuras no son compatibles y es en esa disimilitud que se ubica el conflicto entre Jacinto, Rosa, Bernardino y el Padre Roque²⁴.

Se llega, entonces, a dos resultados para esta actividad de reglamentación: el primero que se resuelve en la homogenización y el segundo, que implica la indiferenciación de la vida pública y la privada, lo hace en torno a la necesidad de generar normas o modelos de un comportamiento ideal. En cuanto el sentido de homogenización, el orden se traduce en una especie de colectivismo que busca generalizar las reglas de comportamiento para los distintos aspectos de la vida, el trabajo y la organización del ocio de los habitantes de la Reducción. Con ello se producen separaciones que buscan subrayar la condición pedagógica del texto presentado como un modelo a seguir.

De manera complementaria, se genera una actitud totalizante que plantea borrar las fronteras de aquello que pertenece a la esfera de lo público y de lo privado. El sentido de individualidad debe limitarse o normativizarse para que permita el mantenimiento del sistema de pensamiento que debe conservarse. Ejemplo claro de ello se presenta cuando los párrocos adoptan la figura del tamborilero para que -hacia la media noche- le recuerde con su sonido persistente a los indígenas que deben cumplir con sus obligaciones maritales, ya que esta actividad hace parte del plan divino y por lo tanto, debe acatarse no como mero disfrute corporal e individual, sino como forma de cumplir con un requerimiento social.

²⁴ “Pero adulterio es una palabra que me enerva, en este caso me suena a argumento artificioso...Lo queramos o no, la realidad que aquí vivimos es otra; no me es lícito aplicar con tanto rigor esos parámetros...Nuestros hijos son diferentes”. Este comentario del Padre Damián da cuenta de las inconsistencias entre los distintos órdenes y normatividades que pugnan por la posición dominante en la comunidad de la Reducción (Hernández, 1996, 24).

3. Los riesgos de la idealización radicalizada

La novela plantea, desde al seno de la visión utopista, el germen del escepticismo respecto del proyecto que se emprende y que finalmente se extingue. En la figura del Padre Damián como ‘intermediario cultural’ se ubica la consideración sobre la falibilidad de la tarea de las Reducciones. La ortodoxia termina imperando en el sistema ideal creado por los jesuitas y de esa manera, la heterodoxia es rechazada o reprimida – como se da en el caso de las opiniones de Damián²⁵ y como se concreta en la expulsión de Rosa y su hijo pues se salen de los parámetros del orden establecido como válido.

Se plantearía la oposición entre una utopía abierta (cuya condición apuntara a una postura siempre crítica de la realidad y en ese sentido, se ocupara de proyectar hacia el futuro soluciones sociales posibles), y una de carácter cerrado, en la que la estructura ideal se hace tan precisa que empieza a restringir la visión de libertad que proponía alcanzar. Así, puede verse una crítica en el texto a la tendencia hacia totalidades limitadas y aisladas, pues se cae en un empobrecimiento de la visión de la realidad.

Finalmente, cabe resaltar que aunque la mirada de Luis Hernáez trata de vislumbrar los riesgos y dudas sobre el emprendimiento de una empresa utópica, no deja de lado el carácter de cambio y subversión que -igualmente- puede comportar. La utopía a través de la imagen de las Reducciones plantea que el cambio es posible y arrastra al lector hacia los caminos, ya muchas veces transitados, de la revolución como parte de esa construcción colectiva de la utopía. Se trata, como lo anuncia el libro, de una ‘riqueza que no se agota’ una creación mental de Latinoamérica en la cual se ubica el germen de nuestra movilidad histórica y eso es algo que descansa y permanece allí, donde ladrón no llega.

²⁵ “...el insomnio es el castigo de Dios por mi pensamiento insatisfecho, se dijo, por mi búsqueda insaciable, por mi cinismo, por mi falta de fe...” (Hernáez, 1996, 97).

Bibliografía

Ainsa, F. (1990). *Necesidad de la utopía*. Montevideo: Nordan.

Armani, A. (1982). *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol. El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)*. México: Fondo de Cultura Económico.

Hernández, L. (1996). *Donde ladrón no llega*. Asunción: El lector.

Pons, M. C. (1996). *Memorias del olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Vovelle, M. (1991). Aproximación a la historia de las mentalidades. *Cuadernos de historia XII*.